PROPAGANDA
Las juventudes de ETA, Jarrai, difundían ilustraciones y cómics para propagar la «teoría de la conspiración» de la heroína. En ellos, los policías ofrecen jeringuillas.

LA ÚLTIMA MENTIRA DE ETA: DROGA DURA

En su nombre la banda asesinó a 43 personas presentándose como 'salvadora' de la juventud vasca. La verdad era que quería desgastar a España con mentiras y a la vez dar un aviso a muchos de sus pistoleros, enganchados a la heroína y la coca. De las víctimas, 21 no tenían vínculo alguno con los estupefacientes. Y hay indicios de que ETA se financió traficando. La mitad de los asesinatos por droga sigue impune

POR LEYRE IGLESIAS

El guión se repitió muchas veces. Primero se extendían los rumores por el pueblo. Ese empresario trafica con drogas. En el váter de su bar hay jeringuillas. O ese de allí es un camello. Y confidente de la Policía.

Entonces llegaban las pintadas, los insultos, unos cristales rotos. En alguna ocasión, el supuesto traficante llegó a ofrecer una rueda de prensa para desmentir que tuviera vínculos con las drogas. O pedía a su alcalde que le investigara y pusiera por escrito que estaba limpio.

Y, al final, el tiro en la nuca o el coche bomba. Y, el día del funeral, el comunicado de ETA: traficante, consumidor, confidente. Los artículos del diario *Egin*: vecinos confirman que era traficante, consumidor, confidente. Y las palabras de Herri Batasuna: qué condena nos pedís si vosotros no condenáis las muertes que causa la heroína; si sois vosotros, el Estado, quienes se la inyectáis a nuestra juventud para adormecerla.

El macabro guión no es de película. Entre 1980 y 1994, la organización terrorista ETA planificó y ejecutó una supuesta campaña contra las drogas acusando al Gobierno central —primero en manos de UCD y después del PSOE— de introducirlas en el País Vasco y en Navarra con el objetivo de desmovilizar a los jóvenes más combativos. Bajo el paraguas de esa teoría, la banda asesinó a 43 personas tras someterlas en muchos casos a un acoso social insoportable.

Una novedosa tesis doctoral presentada esta semana en la Universidad del País Vasco desmonta la mentira que fabricó ETA, retrata a los 43 asesinados en esa campaña negra y desvela que 21 de las víctimas ni siquiera tenían relación con las drogas. Y algo más: frente a la pretendida pureza moral de la banda, la realidad de sus comandos era muy distinta. El consumo de drogas (primero de heroína, luego de cocaína y en los últimos años de hachís y marihuana) estaba bastante extendido entre los militantes de ETA y su entorno. Sólo entre los casos documentados, al menos 15 terroristas eran adictos.

La tesis se llama *El mundo de las drogas en el País Vasco y su relación con el Movimiento de Liberación Nacional Vasco (MLNV): ETA-m, contra la «mafia de la droga» (1980-2000)* y la firma el historiador Pablo García Varela. Su investigación, de casi 600 páginas, ha sido dirigida por el catedrático Antonio Rivera Blanco y codirigida por el historiador del Memorial de Víctimas del Terrorismo Gaizka Fernández Soldevilla. El trabajo descubre una parte de ETA que no se había abordado en profundidad hasta la fecha.

LA CRISIS DE LA HEROÍNA

A partir de los años 70, el País Vasco fue una de las regiones españolas más afectadas por la heroína debido a múltiples razones, afirma García Varela: más población joven, mayor consumo de alcohol, paro, la cercanía de la frontera, unas fuerzas de seguridad superadas por el terrorismo... Además, existieron casos de corrupción policial ligados a la lucha antiterrorista, especialmente en el cuartel de Inchaurrondo, que sirvieron para dar verosimilitud al bulo. Con ese caldo de cultivo, las cifras de adictos «se inflaron» hasta hablar de 10.000 heroinómanos en Euskadi, cuando probablemente no superaron los 6.000.

La crisis de la heroína no fue un problema sólo vasco; ni siquiera exclusivamente español. Sin embargo, ETA supo ver la oportunidad: el Estado, asfixiado, no actuaba contra las drogas. No había prevención. No había nada. Salvo un enemigo al que culpar: España. Y la banda lo utilizó. A través de su *cruzada*, además de asegurarse el control social de muchos barrios, también ganaba otra cosa: evitar la extensión del consumo de heroína en sus filas, un verdadero problema de seguridad.

Según las averiguaciones de Pablo García Varela, la «teoría de la conspiración» tomó cuerpo el 17 de abril de 1980 con una publicación de HB llamada *Denuncia de Herri Batasuna al pueblo vasco*. Diez días después, ETA voló el pub El Huerto en San Sebastián. «La penetración de la droga en nuestro pueblo corresponde a una calculada planificación de un instrumento eficaz que sirve de arma complementaria a los diferentes aparatos de represión», afirmó la banda. «Se corrompe a la sociedad vasca y se desorienta a la juventud en el verdadero objetivo de liberación personal y colectiva (...). Nuestros esfuerzos se dirigirán a (...) realizar ataques de eliminación física sobre miembros significados de este alienante y corrompido mundillo de la droga».

En los siguientes 14 años, ETA cometería otros 57 atentados con la excusa de la droga, en los que asesinaría a 43 personas y dejaría heridas a otras nueve. Las víctimas predilectas: «El adicto, el excluido social o empresarios y hosteleros vinculados a bares y clubs nocturnos», explica el historiador. Blancos fáciles. En muchos casos, pequeños traficantes o heroinómanos repudiados por sus vecinos. En general, los partidos políticos abandonaron a sus familias. Y en cerca de la mitad de los atentados, los autores materiales no fueron condenados.

Pero, como siempre, ETA no era sólo ETA. Sus instrumentos para propagar el bulo fueron varios. Además de HB, la izquierda *abertzale* creó en 1987 una asociación contra las drogas y de ayuda a los adictos, Askagintza, que siempre sirvió a la causa. La propaganda pura fue tarea de la editorial Orain S.A., propietaria de *Egin* y de la revista *Punto y Hora*, con un personaje clave, el periodista militante Pepe Rei, cuyas publicaciones «sin ningún rigor» sirvieron con éxito para extender el mito. Y aún sirven, porque en los años 90 la editorial Txalaparta tomó el testigo publicando los libros de Rei, que siguen inspirando el relato de ETB sobre aquellos años de droga y balas. Hasta Juan Carlos Monedero, fundador de Podemos, ha rescatado la teoría recientemente.

Pero no, no hubo ninguna conspiración del Estado, sostiene el investigador, sino una crisis de la heroína que hundió a muchas familias y que ETA supo aprovechar.

"NO MANCHÉIS SU NOMBRE"

Una de las primeras víctimas de aquella campaña fue Juan Carlos Fernández Azpiazu. Juan Carlos, de 31 años, estaba casado y tenía dos hijos. Era jefe de relaciones públicas de Telefónica y propietario del bar Copas en Pamplona. El 29 de octubre de 1980, dos encapuchados le dispararon sin mediar palabra. Dos días después, ETA reivindicó el atentado: Juan Carlos era «uno de los pilares centrales y responsable del tráfico y distribución de heroína en Euskadi sur». La familia de la víctima intentó responder a las acusaciones. «No os habéis conformado con asesinar a mi marido, sino que además os atrevéis a difamarlo de esa forma», denunció su mujer. «Os pido que donde queráis me deis una sola prueba de vuestras afirmaciones». Elena, la hermana de Juan Carlos, añadió: «Mi hermano no ha estado jamás involucrado en ningún asunto relacionado con la droga, la cual detestaba. (...). No manchéis su nombre una vez asesinado inocentemente». Las pruebas nunca aparecieron.

ETA continuó matando con esta coartada. Un taxista, un pescador, un vendedor ambulante... Y un peluquero, Agapito Sánchez Angulo, cántabro de 30 años. El 19 de enero de 1985, mientras le cortaba el pelo a un cliente, un terrorista le agarró del brazo y le disparó. El peluquero murió en su salón. «Agapito era uno de los traficantes de heroína que más destacaban» en Portugalete, dijo ETA. Sus hermanos salieron a defenderle: «Nunca hizo daño a nadie y era una de las pocas personas que todavía no fuman, no beben ni alternan por ahí, que trabajan de sol a sol, y no tenía tiempo ni dinero para dedicarse al tráfico de drogas».

Poco después Idoia López Riaño, *la Tigresa*, mató a Ángel Manuel Facal mientras comía un bocadillo. Un hermano suyo explicó que «era un infeliz», que «estaba enganchado desde hace unos 10 años, pero no se dedicaba al tráfico». ETA le calificó de traficante e informante de la policía. Palabra de Dios.

EL INOCENTE SEBASTIÁN

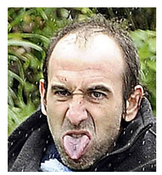
A partir de 1988, la asociación Askagintza y las juventudes de Jarrai desempeñaron un papel crucial en una nueva fase que iba a poner en la diana a los hosteleros del Bajo Deba. Sebastián Aizpiri Leyarasti fue la víctima paradigmática.

Sebastián, de 39 años, había abierto una carnicería con la ayuda de sus padres en Elgóibar (Guipúzcoa). Después había puesto en marcha un restaurante, Chalcha, en la vecina Éibar. Los negocios le iban bien y la izquierda *abertzale* tomó nota. En enero empezaron los rumores: Sebastián traficaba con heroína; había sido detenido en Burgos, arrestado en Icíar... La cosa se propagó hasta tal punto que muchas familias dejaron de comprar en su carnicería y de comer en su restaurante.

Preocupado, Sebastián contactó con un concejal de HB, quien le informó de que «desde el otro lado [la cúpula de ETA en Francia] se había solicitado una investigación sobre sus propiedades y su persona», según relataría después su abogado. El empresario envió además sendas cartas a los alcaldes de Éibar y Elgóibar: «Me permito dirigirme a usted a fin de que, previas las investigaciones o indagaciones que estime oportunas sobre mi persona y bienes, respalde mi inocencia y mi buena fama de ciudadano, en evitación de daños irreparables que, de no salir al paso de esta locura, me pueden venir acarreados». Los dos ayuntamientos decidieron apoyarle. El de Elgóibar declaró su inocencia tras comprobar que todos los rumores eran «totalmente falsos». La alcaldesa de Éibar pidió un informe al jefe de la Policía Municipal, que también rebatió las habladurías. Eso fue a mediados de febrero. El 25 de mayo, Sebastián se dirigía a su restaurante, donde se celebraba un homenaje a los jugadores del Éibar, cuando en un estrecho callejón se topó con Jesús María Ciganda y Juan Carlos Balerdi. El primero le disparó tres balas. Su cuerpo quedó allí tendido en medio de un gran charco de sangre.

Egin publicó al día siguiente todas las supuestas propiedades de Sebastián (algunas falsas) presentándole como un capitalista involucrado en el tráfico de drogas. ETA le acusó de traficante y de «informador activo y agente al servicio de la red de distribución de droga organizada por las fuerzas de ocupación española». HB justificó el asesinato y despreció una manifestación conjunta contra ETA que convocaron los alcaldes de Éibar y Elgóibar, a la que acudieron unas 3.500 personas.

VICTIMA
ETA mató a Sebastián Aizpiri cerca de su restaurante, en Éibar, el 25 de mayo de 1988. Sebastián había pedido el apoyo del ayuntamiento contra los rumores que le vinculaban con el tráfico de drogas. EFE



ASESINOS
Seis de los terroristas de ETA con problemas de drogas. En la columna de la izquierda, de arriba abajo, Garikoitz Aspiazu ('Txeroki'), Ibon Iparragirre y Mauricio Sarnago. En la fila de la derecha, Pedro Mariñelarena, Aitzol Etxaburu y José Luis Oliva.

Ese día simpatizantes *abertzales* llenaron Éibar de pasquines que decían: «Acude a la manifestación pro traficantes. Defiende la droga. Defiende su vida» y colgaron pancartas con los mensajes: «Heroína igual a policía» y «*Eibar eta Elgoibar, kamelloaren alde*» (al lado del camello).

EL 'COMANDO GOLFO'

En el asesinato fundacional de ETA, cuando Txabi Etxebarrieta mató por sorpresa al guardia civil José Antonio Pardines en un control de carretera, su compañero de armas contó que el etarra iba drogado con anfetaminas. Fuera o no así, lo cierto es que la droga entró también en las filas de ETA.

En los 80 el ejemplo perfecto es el del *comando Igeldo*, apodado *comando golfo*. Según cuenta García Varela, el grupo, integrado por Gabriel Muza, Ignacio María Oteiza, Jesús González y Juan Pablo Oteiza, perpetró 11 atracos con los que obtuvo cinco millones de pesetas que nunca llegaron a las arcas de ETA. El dinero, destinado a comprar armas y explosivos, acabó sirviendo para comprar heroína. La banda quería interrogar y juzgar personalmente a los miembros del grupo, pero la Guardia Civil lo desarticuló antes.

En el *comando Orbaiceta* hubo también más de un heroinómano. El primero en abandonar el comando fue Sabino Onaindia, quien, tras su primer atentado (el asesinato del estanquero Ramón Coto Abad), con los nervios destrozados por la heroína, devolvió su pistola. El camino de otro de sus compañeros, José Luis Oliva, fue trágico. Cuando, tras cometer el citado asesinato y varios atracos, el jefe del comando le ordenó guardar el dinero, José Luis decidió gastárselo todo en droga. Al enterarse, ETA dictó su sentencia de muerte. Dos etarras le tendieron una trampa y le mataron. Aunque la relación de este comando con las drogas no acabó ahí: en 1982, Mauricio Sarnago, su nuevo jefe, tuvo que abandonar la banda por sus problemas con la heroína.

Otro etarra problemático fue Pedro Mariñelarena Imaz, el máximo responsable del *comando Txarito*. Era heroinómano. En 1987 ingresó en un centro de rehabilitación en Galicia y lo abandonó unos días antes de que la Guardia Civil desarticulara su comando. El gobernador civil de Guipúzcoa, José Ramón Goñi Tirapu, llegó a denunciarlo públicamente. Habían pasado apenas unos días desde el asesinato del carnicero Sebastián Aizpiri y Goñi dijo: «Si ETA realmente quiere terminar con la droga arrogándose el papel de informador, policía, juez y verdugo, que empiece limpiando su propia casa». El etarra acabó infectado de sida. Ya preso, murió en 1993 en un hospital francés.

El gobernador civil no fue el único que alertó de cómo la droga corría dentro de ETA. El diputado de Eusko Alkartasuna Joseba Azkarraga denunció que algunos presos etarras estaban «enganchados» a la droga dura. Incluso insinuó que algunas de las acciones de la banda se debían a que los terroristas intentaban «limpiar la competencia».

La presencia de drogas dentro de ETA aumentó en los años 90, según la investigación de Pablo García Varela. Se agolparon los casos de etarras detenidos con piedras de hachís para consumo propio. En la década de los 2000 la hipocresía era ya mayúscula. Los porros se convirtieron en un emblema de ese mundo, sobre todo de las juventudes de la *kale borroka*. Imperó el *laissez faire*. En 2008, a uno de sus líderes, Garikoitz Aspiazu *(Txeroki)*, le encontraron en su piso cerca de 100 gramos de hachís. Dos años después le llegó el turno a Ibon Iparragirre: en una de las viviendas vinculadas a él los agentes descubrieron explosivos, armas... y 39 dosis de cocaína, además de dos bolsas para adulterar la droga y básculas para pesarla.

Los contactos de ETA con las redes del narco integran también la historia más oculta de la banda. Según el investigador, en los años 70 y principios de los 80 ETA «recurrió al mercado negro de Marsella, Bélgica y Holanda para abastecerse de armas» y, en ocasiones, para los intercambios, utilizó como moneda de cambio la droga, principalmente la heroína. Además, los caminos fronterizos que utilizaban tanto ETA militar como ETA político-militar «facilitaron la entrada de contrabando» en el País Vasco.

¿Y se financió ETA con la droga? «Hubo casos que se investigaron pero no llegaron a nada», indica García Varela. «No hay conexiones probadas judicial ni policialmente, pero sí hay indicios que apuntan en esa dirección. Desde luego, lo que está claro es que a lo largo de su historia ETA ha estado en constante contacto con el entramado internacional mafioso, y que se aprovechó de él para blanquear dinero, conseguir armas y abastecer a sus comandos. No descarto que futuras investigaciones descubran que ETA estuvo directamente implicada en casos de narcotráfico. El tiempo dirá».